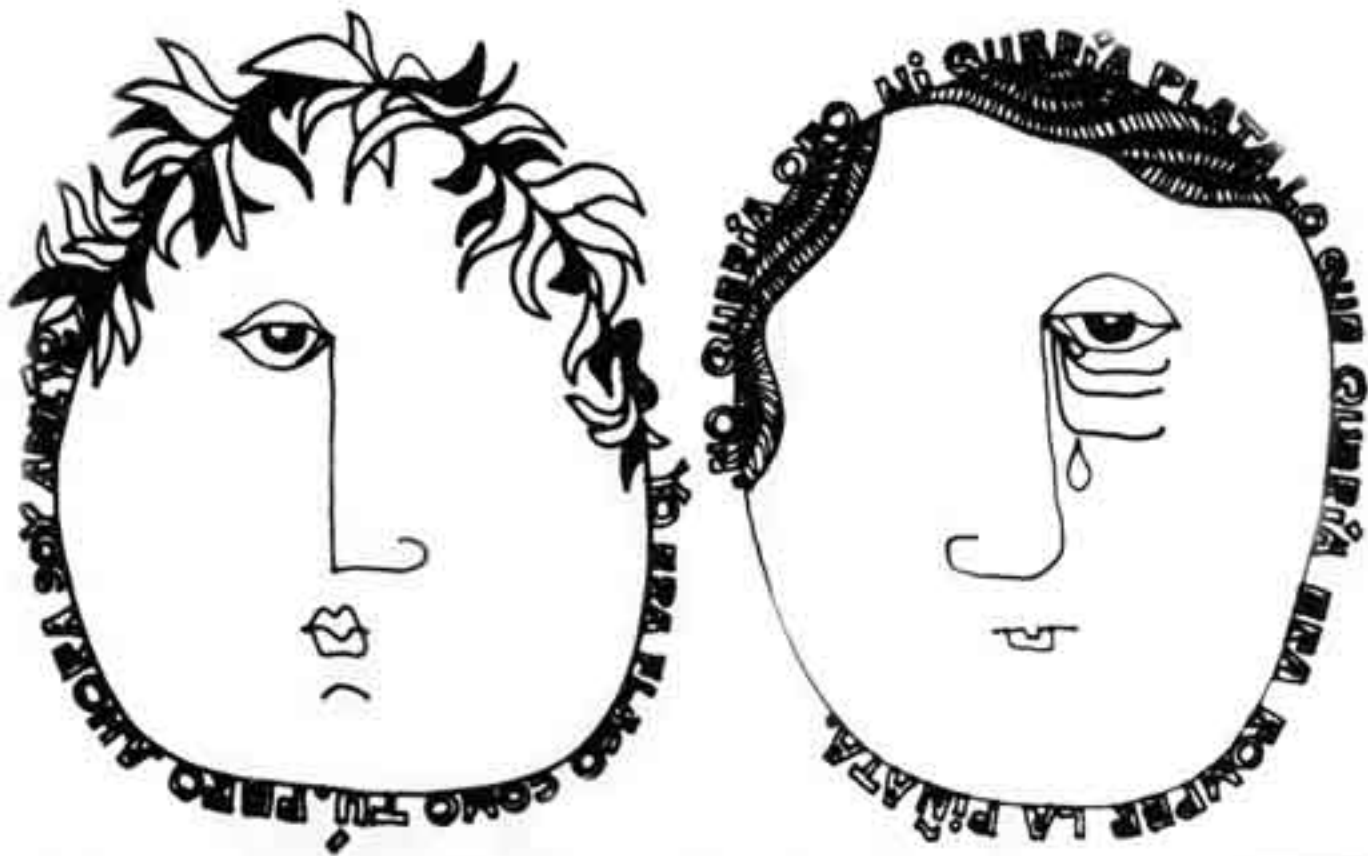


LOS AMIGOS

Paulino Sabugal Machaen



Se vivía a medias, el dinero siempre escaso. En el supermercado se compraba sólo lo necesario, los niños tenían ropa ya un poco raída. Era inevitable la comparación con los personajes de la televisión o de la sección de sociales en el diario del domingo. Se era consciente de una cierta miseria que sólo podía combatirse con desprecio y lectura. En las reuniones, las señoras trataban de vestir de acuerdo con los modelos en los aparadores. Los hombres obtenían autos pequeños para pagar en largos periodos y en las conversaciones sólo había ligeros comentarios acerca de la situación económica. Sin embargo, las diferencias en ingresos estaban siempre presentes y contribuían más a las relaciones que los conceptos sobre la política, el amor o el mundo.

Entre ellos había gente de negocios, pintores, alguien relacionado con la política, pero nunca se pudieron amar porque el común denominador era el miedo, la culpa o particulares mezclas de ambos. Las parejas de más de dos años de casados mantenían posiciones polares. Se cargaba con el peso de múltiples frustraciones y después de algunos tragos empezaban las agresiones mutuas. Los pretextos eran ínfimos: alguna opinión sobre cine, prestigios reducidos a polvo o comentarios sobre los ausentes. El caso era que había una decidida aceptación a ese modo de vivir, negativo a la alegría o la confianza. Se había tornado un hábito y cuando alguna pareja se mostraba unida todos la considerábamos convencional o estúpida.

En este medio pudieron surgir, a pesar de todo, algunas amistades; pero las bases eran tales como el gusto por el frontón o la costumbre de salir al

campo con los niños. Nunca se pudo dar alguna relación que compartiese una idea o una emoción comprometedoras. Nuestras mudas preocupaciones eran pagar la renta o comprar ropa de invierno para los niños, nadie creía en el amor de alguno por la música o lo que había producido en otro un poema o un sueño. Estas conversaciones eran más bien desagradables, pues se corría el riesgo de parecer tonto o de no estar enterado de la última película que fue un éxito en Nueva York.

No puede decirse que este grupo fuese enteramente convencional, algunos eran profesores de letras y otros, brillantes profesionistas; todos conocían de arte y alguna vez habían mantenido una posición política. En otro tiempo intervinieron en los mítines y pudieron hacer el amor sin técnica. Parece que se daba una cierta consolidación, pero el concepto que tenían del cambio, si es que existía, nunca pudo saberse. Cuando alguno, por sí mismo o por aburrimiento hablaba de los últimos acontecimientos políticos, la conversación se volvía tensa, hasta que se recuperaba la tranquilidad perdida retornando a temas como la libertad educativa o el cine moderno. Se tenía un amplio sentido del humor y se hacían chistes sobre cualquier cosa.

La rebeldía debía haber existido, puesto que eran evidentes para todos, los absurdos de tales relaciones matrimoniales y los esfuerzos para pagar el departamento, el auto y las colegiaturas, pero éramos una generación de cobardes. Teníamos la suficiente conciencia para saber que no éramos felices, sabíamos que es posible serlo, pero se había perdido entre los días del pasado llenos de pequeñas preocupaciones la capacidad para creer en nosotros mismos. Puede ser que ésta sea la madurez: aprender a vivir en estos medios tonos. Pero pasan cosas que nos afectan, la muerte por ejemplo. Un infarto a los cuarenta. El acto social de los funerales no ayuda y se regresa a casa pensando en lo que no se ha hecho, sin embargo estas incomodidades pasan y se vuelve a la música barroca, el libro de moda y las reuniones con los amigos.

Los caminos están cerrados, si alguna vez a los dieciocho se gritó pleno de ira contra todo, esa época se recuerda como ingenuidad u optimismo. Ahora somos críticos, agudos y preferimos el confort, la cultura y esas cosas. Pero no existe escapatoria y algunas noches se tarda mucho en dormir, o en el auto, a veces, se siente una gran tristeza. Se hacen esfuerzos por callar estos momentos. Se posee un juego completo de actitudes usadas según el caso. Se puede ser escéptico, cínico o amar a flores, mariposas y principios.

Esta culpabilidad se lleva a las juntas en la escuela de los niños, se lleva a bares y moteles. Otros culpan de buena fe a la esposa o al ex-esposo, se habla de decadencia total de una cultura, pero la verdad es que somos cobardes, nos hemos negado a nosotros mismos la alegría y la pureza de compromisos integrales. Se escuchan ataques contra la ciencia y los mass media, pero ni siquiera se tiene la fuerza para cambiar el suicidio lento de tabaco, altas velocidades y somatizaciones por una salida inmediata y comprometida.

Hay posters en las casas con figuras retocadas que alguna vez fueron comprometedores. Decorados que han perdido pronto todo significado y ya son habituales entre librerías, grabadoras y arqueología falsa o verdadera.

De todas formas somos culpables y lo sabemos, no hay polución atmosférica que valga y los gritos de los torturados rompen nuestras noches de amor. En los rostros de los hijos está el futuro aún tenue, pero quizá algún día tengamos que reconocerlos en una gaveta de anfiteatro con cuatro balas en el pecho. Entonces sabremos que no hay escapatoria posible. que las cosas pueden golpear brutalmente nuestra vida de amables anfitriones y que nuestras manos están llenas de sangre y mierda.